

El ambiente natural y la Arquitectura

Mario Pérez de Arce L.

Estas notas se refieren al ambiente natural, a lo rural, lo silvestre, a la geografía física, el clima y la manifestación visual del medio geográfico: el paisaje. Son consideraciones dirigidas a estimular el pensamiento sobre las relaciones entre la Arquitectura y el medio natural.

El conocimiento del ambiente natural y la apreciación de sus valores considerados como un maravilloso don para la vida humana, constituyen una condición para fundar la Arquitectura. En efecto, ésta se apoya en la tierra, se extiende sobre ella transformándola de modo que el espacio natural se convierte en arquitectónico al ser limitado y acondicionado para el uso y goce del hombre.

La obra arquitectónica queda envuelta en la atmósfera de un lugar; la luz natural la destacará o tenderá a fundirla con el paisaje que la rodea, y las condiciones del clima que influyen en la forma de vida de una región, determinarán a su vez algunas características de los edificios o espacios urbanos.

El arquitecto necesita tener nociones básicas de algunos conocimientos que corrientemente se consideran parte de la llamada "Arquitectura Paisajista". Es importante despertar interés por la geografía física y una comprensión de lo que es la ecología (estudio de las relaciones entre los seres vivos y el medio ambiente) con especial atención sobre la ecología vegetal, ya que la relación entre las plantas con el suelo y el clima es muy clara y revela las condiciones del ambiente.

Hay otros conocimientos relacionados con estas nociones básicas, que pertenecen al campo propio de la Arquitectura (o del Urbanismo y planificación regional física entendidos como extensión de la Arquitectura). Entre éstos estarían algunas ideas sobre la historia del establecimiento del hombre en la naturaleza (no sólo historia de las ciudades, sino de la conquista y aprovechamiento de los espacios geográficos), nociones de uso del suelo y estudios propios de planificación regional y urbana.

La Arquitectura Paisajista, por su parte, es una especialidad. Está limitada por la necesidad de conocimientos rigurosos y de técnicas precisas referentes al material con que trabaja: botánica, condiciones de los suelos, construcción especializada, etc. Su campo de acción se sitúa entre la creación de jardines y parques y la formulación de planes de conservación de recursos naturales o de modificación de las condiciones de la naturaleza y el paisaje en zonas más o menos extensas.

El arquitecto paisajista, aunque profesionalmente tiene una actuación diferente del arquitecto no especializado, debe tener una formación básica semejante y ojalá común con éste.

MIRADA SOBRE LA GEOGRAFIA Y EL PAISAJE DE CHILE

Es un milagro que Chile sea un país, y que lo sea con un carácter y una personalidad tan definidos, si se considera la forma inadecuada y la desmedida extensión de su territorio.

La condición de nación es una obra histórica, trabajo de los hombres a lo largo del tiempo. Pero, ¿qué influencia ha tenido la geografía en la formación de la nacionalidad?

Sin duda han colaborado a que no se dispersara la unidad nacional, las barreras geográficas que existen entre el país y el resto del mundo: el desierto más árido; la cordillera más (o una de las más) inaccesible, el océano más extenso, y, por un extremo, el fin de la tierra...

Dentro del territorio han sido factores favorables la relativa facilidad de comunicación que ofrecen el valle longitudinal y el mar.

Por último, pueden reconocerse dos constantes geográficas que con variaciones secundarias acompañan el territorio de norte a sur: el mar y la cordillera.

El gran mar abierto al constante viento frío del S.W. hace que la temperatura varíe relativamente poco de un extremo a otro del país, a pesar de la enorme diferencia de latitud. (La silueta de Chile aplicada sobre el hemisferio norte abarcaría desde el norte de Noruega al sur del Sahara).

La cordillera, cuya altura media va decreciendo de norte a sur, retiene algunas características constantes en su paisaje y clima a lo largo de su recorrido: la roca, el hielo, la tierra sin árboles. No son tan diferentes las condiciones de Parinacota a 18° de latitud y a 5.000 metros de altura, al pie de las Torres del Paine a 52° y 200 ó 300 metros sobre el nivel del mar.

El territorio comprendido entre las cumbres y la costa varía, en cambio, fundamentalmente según la latitud.

Al gran desierto de arena y sal con raros y minúsculos oasis, sigue el desierto montañoso apenas interrumpido por las cintas fértiles de los valles transversales, hasta que el último de éstos se prolonga hacia el sur y se hace continuo entre faldeos de cerros que de áridos se van convirtiendo en boscosos. Luego el valle se confunde con las colinas y ocupa casi todo el ancho del territorio; el agua y la vegetación dominan el paisaje de ríos y lagos y, por fin, entra el mar en el valle, dejando sólo las islas bajo la lluvia y los estrechos valles de los ventisqueros. Al otro lado de las cumbres el territorio abarca parte del desierto frío del Atlántico que pertenece a otro sistema geográfico: la pampa argentina.

El cambio geográfico va ofreciendo distintas condiciones de habitabilidad al hombre y diversos aspectos en el paisaje.

La inmensidad inmutable del desierto con su luz implacable se suaviza en los valles transversales y se convierte, en el valle central, en paisaje equilibrado y en ambiente extraordinariamente apto al establecimiento humano. La ocupación racional del suelo ha creado espacios claramente definidos bajo una luz neta. Insensiblemente el ambiente cambia avanzando al sur; van apareciendo condiciones diferentes pero siempre muy favorables a la ocupación humana. La luz se suaviza y los cielos se hacen cambiantes; la superficie ondulante de la tierra se acentúa con la vegetación abundante. Al terminar el valle central van aislándose y desapareciendo los lugares habitables, quedando los bosques impenetrables y el mar, las rocas y el hielo. Soledad trágica bajo un cielo amenazador que se hace gris y sin límites al abrirse la tierra hacia las pampas y el mar polar.

Las condiciones del ambiente natural influyen en el modo de habitar del hombre y en la conformación de las ciudades y la arquitectura, pero, a su vez, las variaciones de los elementos que constituyen el paisaje no provienen sólo de la geografía y el clima, sino que el hombre está continuamente modificando la faz de la tierra con sus obras y son pocos los paisajes que no muestran su huella.

Continuamente oímos hablar de la destrucción de la naturaleza por el hombre: de la erosión resultante de la tala de bosques, de la contaminación de las aguas por los residuos industriales, de la polución de la atmósfera por el humo de las ciudades, etc.

Es verdad que la sobrecarga de animales en el campo agota la vegetación, que el cultivo excesivo de los terrenos en pendiente deja la tierra expuesta a escurrirse hasta que no queda sino la roca fundamental y que alrededor de las grandes concentraciones urbanas se crean zonas desérticas cu-

biertas con los detritus de la industria. Pero también es verdad que muchas regiones de la tierra están armoniosamente organizadas y constituyen paisajes maravillosos creados por la acción del hombre que ha saneado y trabajado el suelo, introducido plantaciones y edificado ciudades.

Toda la Europa más allá de los Alpes era en los tiempos del Imperio Romano una región inhóspita de selvas y pantanos, y luego las diversas culturas que la ocuparon fueron constituyendo algunos de los ambientes más privilegiados para la vida humana, con paisajes que son obras de arte. Nuestro valle central, tal como lo conocemos, es una creación de 3 ó 4 siglos de esfuerzos del hombre sobre una maraña de matorrales, y aunque en el cambio se perdieron seguramente algunos valores naturales, se logró crear una rica y poblada región agrícola con un paisaje que reconocemos como un trasfondo de nuestra nacionalidad.

Durante varios siglos la naturaleza se ha presentado al hombre en los continentes nuevos como una fuente de bienes que se podía explotar y sin temor a agotarla. En América, los recién llegados han ido abriendo y poblando enormes regiones que se encontraban en estado silvestre. En las zonas de culturas antiguas, como las sierras de los incas, no se tomaron mayormente en cuenta las experiencias de los anteriores ocupantes.

Hoy, aun cuando todavía quedan zonas vírgenes en América del Sur, la situación que se presenta a la ocupación y uso de la tierra por el hombre es muy diferente.

La explosión demográfica con los cambios sociales que de ella resultan y, por otra parte, la vertiginosa revolución en los medios con que el hombre actúa sobre la naturaleza, hacen exigible y posible una explotación y modificación de las condiciones naturales a una escala que era hace poco inimaginable. En esta situación es indispensable de parte de quienes participan en la conformación de las nuevas condiciones un profundo conocimiento del medio geográfico y un control riguroso de la acción que se ejerce sobre él.

El arquitecto que organiza espacios y levanta estructuras que señalan la tierra, que remueve, distribuye y acondiciona el suelo, participa en la labor de conformar el ambiente geográfico y debe prepararse para ello.

La relación del hombre con la naturaleza ha tenido desde antiguo un carácter sagrado y es mayor que nunca la responsabilidad que le cabe a las generaciones actuales por la conservación de esta herencia, para el mejor uso y goce de todos los hombres.